

Representaciones comunicacionales de las prácticas de sobrevivencia en el contexto de lapandemia: el caso de las “ollas comunes” en la ciudad de Lima

Rodolfo Herrera Santamaría¹

Rolando Pérez Vela²

Resumen

En medio de pandemia por la COVID 19, poblaciones excluidas de Lima Metropolitana enfrentan una crisis alimentaria. Para resolver la emergencia organizaciones comunitarias reactivan y fortalecen un mecanismo de alimentación denominado “olla común”, que les permite aliviar el hambre. El presente estudio busca analizar las representaciones sobre poblaciones vulnerables durante la crisis generada por la pandemia del COVID 19, para ello se analizaron discursos de actores sociales involucrados en la experiencia, entrevistas en profundidad a actores clave y la revisión de investigaciones vinculadas a la seguridad alimentaria, identidad, el capital social, la resiliencia comunitaria y la acción comunicacional. Entre los principales resultados se observa que “las ollas comunes” son un escenario para la emergencia de actores sociales, la construcción de demandas colectivas (más allá de la alimentación), el reconocimiento de las capacidades colectivas para enfrentar las crisis, la presencia de la religiosidad y el fortalecimiento de los vínculos comunitarios. Asimismo, se distingue el rol clave de los medios de comunicación como un escenario que da visibilidad a los actores sociales desde perspectivas paternalistas o desde la actoría social basada en los derechos. Los resultados muestran situaciones concretas que permiten reconocer la importancia del fortalecimiento del capital social y la resiliencia comunitaria para enfrentar la adversidad, la capacidad y la competencia de los actores sociales para enfrentar una situación en la que el Estado no resulta lo suficientemente eficaz, en una dinámica comunicacional que les da vocería a actores poco frecuentes a aquellos que se convierten “emergentes en la emergencia”.

Palabras clave: Ollas comunes, seguridad alimentaria, capital social, resiliencia comunitaria, comunicación.

¹ Docente de la Universidad de Lima, Facultad de Comunicación Rherrera@ulima.edu.pe

² Docente de la Universidad de Lima, Facultad de Comunicación RPerezV@ulima.edu.pe



I. INTRODUCCIÓN

En el Perú, la crisis por el COVID 19, tuvo un severo impacto en las familias. Según cifras oficiales la pobreza monetaria se incrementó en 9,9% entre el año 2019 y 2020. En cifras absolutas 3 millones 330 mil personas, adquirieron esta condición durante el periodo de la pandemia (Instituto Nacional de Estadística e Informática, 2021). Esto implica necesariamente un menor número de recursos para acceder alimentos.

Una encuesta realizada en América Latina y el Caribe por el Programa Mundial de Alimentos, en mayo del 2020, reveló que el 78% de encuestados tuvo dificultades para conseguir alimentos, mientras que 50% manifestó que la comida siempre estuvo disponible, un 20% indicó que en el día previo a la encuesta solo había tenido una comida, mientras que un 13% no había tenido ninguna (World Food Programme, 2021).

En los últimos meses del 2020, el 42,3% de hogares Lima Metropolitana se encontraba en una situación de inseguridad alimentaria severa, mientras que un 31,1% se encontraba en el nivel moderado (Universidad Peruana Cayetano Heredia & Acción Contra el Hambre, 2020).

Seguridad alimentaria y objetivos de desarrollo sostenible

La seguridad alimentaria alude a aquella situación en la que “todas las personas tienen, en todo momento, acceso físico, social y económico a alimentos suficientes, inocuos y nutritivos que satisfacen sus necesidades energéticas diarias y preferencias alimentarias para llevar una vida activa y sana” (FAO, 2011).

Enfrentar la inseguridad alimentaria es uno de los retos que enfrenta la humanidad. Los Objetivos de Desarrollo Sostenible incluyen el denominado Hambre Cero (Organización de las Naciones Unidas, 2021). Las metas a las que se comprometieron los países, incluido el Perú, están en riesgo de ser alcanzadas a la luz de la pandemia por la COVID 19. En este contexto la FAO recomienda, entre otras medidas la estimulación de programas de protección social que garanticen la alimentación de los más vulnerables (Organización de las Naciones Unidas, 2021).



Las “ollas comunes” una respuesta a la crisis de seguridad alimentaria

Las “ollas comunes” pueden definirse como “espacios autoorganizados por grupos de vecinas y vecinos que no pueden enfrentar por sí solos el acceso y la preparación de sus alimentos, y que ven, en la acción colectiva, una respuesta solidaria para sí mismos, sus familias y sus comunidades” (Fundación Friedrich Ebert Stiftung, 2021, p. 20).

Como fenómeno social, las “ollas comunes” surgen en América Latina en periodos de crisis política, en las que las manifestaciones de protesta y huelgas exigían el desarrollo de estrategias para asegurar la alimentación de quienes participaban en estas. Su origen se remonta a los años finales de la década del 70, periodo en que son impulsadas por movimientos de mujeres como una respuesta a la crisis económica, mientras que en el ámbito político los paros y huelgas de esa misma etapa dieron lugar a esta forma de apoyo alimentario (Bebbington, Scurrah, & Bielich, 2008).

Esta respuesta comunitaria y social, constituye el germen de espacios solidarios de carácter orgánico como los comedores populares y los comités del vaso de leche, que se consolidan en la década de los 80. Estos se forman generalmente en zonas urbano-marginales de grandes ciudades como Lima o capitales de los departamentos del Perú y tienen como característica importante que se gestionan a partir de organizaciones de mujeres.

La Mesa de Concertación de Lucha contra la Pobreza en una Alerta publicada en octubre del 2020 señala respecto a esta experiencia y su vínculo con la crisis generada por la COVID 19:

Hoy la situación de pobreza y hambre se agrava por efecto de las medidas de confinamiento adoptadas para combatir la pandemia y surgen nuevamente las “ollas comunes”, resultado del trabajo colectivo que gestiona y administra, de manera temporal, los escasos recursos que obtienen de las donaciones, y colectas, que cada vez disminuyen, a fin de garantizar la alimentación y salubridad de sus familias. (Mesa de Concertación para la Lucha Contra la Pobreza, 2020)



En el mes de agosto del 2021, la Municipalidad de Lima Metropolitana contaba con un registro de 1912 “ollas comunes” (Municipalidad de Lima, 2020). Por su parte la “Red de ollas Comunes” de Lima contaba con un registro de 2219 iniciativas de este tipo y atienden un total de 240,000 familias (Agencia Efe, 2021). Según la Mesa de Trabajo de Seguridad Alimentaria los beneficiarios de esta propuesta, generalmente liderada por mujeres “son los niños con un 25.5% (33,057). El segundo grupo poblacional son los adultos mayores de sesenta años que representan el 9.7% (12,582). Completan la lista aquellos con enfermedades crónicas (2.5%), discapacitados (2.5%), mujeres embarazadas (2.1%) y migrantes (0.9%)” (Salud con lupa, 2021).

Conceptos clave

a. Identidad y representación

Un primer concepto al que es necesario aproximarse, para nuestro estudio, es el de identidad en tanto ello es lo que se re/presenta de un sujeto o un colectivo. La identidad es aquel conjunto de rasgos característicos y diferenciadores que le permiten a los individuos y grupos establecer un sentido de pertenencia y un auto reconocimiento. Con relación a la identidad colectiva “se conforma como el conjunto de creencias compartidas por una sociedad que implican una visión de sí misma como “nosotros”, es decir, una autorepresentación de “nosotros mismos” como estos y no otros” (Cabrera, 2004, p. 2). Ello requiere un conjunto de convenciones o significaciones sociales aceptadas por el grupo, que a pesar de la flexibilidad de las dinámicas sociales, en un estadio son incuestionables. Además, “Las “significaciones sociales” son, a la vez, el espacio y el modelo en el que y según el cual se conciben y alimentan nuevas significaciones y simbolizaciones.” (Cabrera, 2004, p. 3).

Estos procesos de construcción identitaria, implican el concepto de representación social que se caracteriza por “a) es socialmente elaborada y compartida; es el producto de los intercambios sociales; b) tiene un fin práctico de organización del mundo (material, social e ideal) y de orientación de la acción y de la comunicación; c) participa en el establecimiento de una visión de la realidad común a un grupo social o cultural determinado” (Calonge, 2006).



b. El capital social

Sobre este concepto, desde el ámbito de las ciencias sociales, existen diversos abordajes. Para efectos de nuestro estudio nos interesa construir un marco desde el modo como se construyen los sentidos de pertenencia a la comunidad política desde el ámbito local y la constitución de las redes sociales. En ese sentido, es pertinente identificar las diferencias entre el capital social individual, grupal y comunitario. El primero se refiere a los intercambios de confianza y reciprocidad; beneficia a quien lo posee. El segundo es una forma de capital social de tamaño intermedio entre el capital social individual y el comunitario (Durston, 2000).

Pero nos interesa enfocarnos en el capital social comunitario. A este respecto, Durston sostiene que “consta de las normas y estructuras que conforman las instituciones de cooperación grupal. Reside, no en las relaciones interpersonales diádicas, sino en sistemas complejos, en sus estructuras normativas, gestadoras y sancionadas” (Durston, 2000, p. 25).

La construcción del capital social, la cultura de la solidaridad social y comunitaria, se asocian a los planteamientos clásicos de Emile Durkheim, quien a fines del siglo XIX planteaba la importancia que tienen las relaciones sociales en los procesos de cooperación social como fuente fundamental de solidaridad social en las sociedades moderna. Desde este acercamiento “un cuerpo social saludable era aquel en el que los individuos mantenían múltiples y variadas relaciones entre sí y compartían simultáneamente valores y sentimientos comunes hacia la sociedad como un todo” (Forni, Siles, & Barreiro, 2004, p. 2).

En esta línea, James Coleman plantea una perspectiva del capital social asociado a la construcción del bien común en el sentido de que en los procesos de construcción de las redes sociales se instituyen obligaciones compartidas.

Para Coleman el capital social es un medio o un recurso que: facilita a los individuos la consecución de sus propios intereses; es inherente a la estructura de las relaciones sociales; a partir de la realización de favores, el capital social adopta la forma de obligación y es a través de ella que el individuo alcanza sus propios objetivos, procurando que la retribución se produzca en el momento más conveniente para él. (Capdevielle, 2014. p. 6).



De este modo, las redes sociales tienen su soporte en las interacciones concretas y reales entre los individuos. Tomando en cuenta las ideas planteadas por Coleman, Capdevielle (2014), sostiene que es precisamente en:

la interacción la que, en un primer momento, dispone un vínculo y, por lo tanto, es la estructura de esa interacción la que, en principio, contiene elementos que pueden constituir al capital social, porque presupone cooperación y coordinación. La acción de los individuos ocurre en contextos institucionalizados que regulan y dan permanencia a las interacciones. Cuando los individuos se apropian de estos elementos, se constituye el capital social. (Capdevielle, 2014, p. 6).

Coleman plantea que el capital social se construye desde la estructura de las relaciones sociales, que ayuda a lograr objetivos personales. Para este autor, “la existencia de redes densas es una condición necesaria para la emergencia del capital social, en tanto el aumento de escala en las relaciones sociales estables pasa de un contrato diádico entre dos individuos a redes ego–centradas, de las cuales pueden emerger instituciones comunitarias de capital social” (Forni, Siles, & Barreiro, 2004, p. 5).

Desde este marco, las redes constituyen una de las modalidades importantes de construcción del capital social en tanto que alimentan procesos de interacción horizontal que permite que los ciudadanos satisfagan determinadas necesidades y demandas para su sobrevivencia y convivencia en la comunidad. A este respecto, Ostrom y Ahn encuentra tres formas de capital social asociados al análisis de la acción colectiva: la confianza y las normas de reciprocidad, las redes y las reglas o instituciones formales e informales (Ostrom & Ahn, 2003).

El capital social, la acción colectiva y el movimiento social

Respecto a la acción colectiva, consideramos los aportes de Cohen y Arato (2002) y Habermas (2006), que colocan el concepto en el ámbito de participación política, de inclusividad y, fundamentalmente, de orientación al entendimiento y al consenso (Gascón, 2016).



Habermas (2006) considera que, en las estructuras de comunicación, de la esfera pública, la acción colectiva se hace concreta, enfatiza que estas incluyen a los agentes de la sociedad civil a agrupaciones, movimientos sociales, organizaciones y asociaciones de carácter voluntario y de naturaleza no estatal ni económica. Para este autor,

la sociedad civil constituye un ámbito público que, desprendiéndose del “mundo de la vida”, emerge en la “juntura” entre éste y los sistemas (político y económico). Es aquí donde encuentra la sede de la “acción comunicativa”, que en una sociedad no reificada debiera limitar la colonización sistémica al mundo de la vida. En esta acción comunicativa, cuyo “telos” es únicamente la “actitud realizativa de un hablante que busca “entenderse” con una segunda persona sobre algo en el mundo”, es donde reside lo que para el autor es la verdadera solución estabilizadora y emancipadora de la sociedad. [Habermas, 1998, pp. 65-80] (Gascón, 2016, p. 45).

Habermas considera que la sociedad civil “está constituida por aquellas asociaciones y organizaciones voluntarias, más o menos espontáneas, que no son ni económicas ni estatales y recogen los problemas en los ámbitos de la vida privada, los tematizan y elevan al espacio de la opinión pública política” (Fascioli, 2009, p. 46).

Es importante resaltar que la acción colectiva hace que se resignifiquen las identidades de los grupos o actores que la impulsan. Tejerina (2005) identifica tres tipos de elementos que deben considerarse en este marco.

En primer lugar, toma en cuenta aspectos cognitivos que están presentes “en una serie de rituales, prácticas y producciones culturales que en ocasiones muestran una gran coherencia (cuando son ampliamente compartidos por los participantes en la acción colectiva o, incluso, en el conjunto de una determinada sociedad), y en otras circunstancias presenta una amplia variedad de visiones divergentes o conflictivas” (p. 80).

En segundo lugar, las identidades que se construyen a nivel de la acción colectiva se enmarcan en una red de relaciones entre actores que se influyen, interactúan, negocian entre sí y adoptan decisiones. “este entramado de relaciones puede presentar una gran



versatilidad en cuanto a formas de organización, modelos de liderazgo, canales y tecnologías de comunicación” (p. 81). Desde esta perspectiva, el capital social se construye desde el marco de las relaciones de confianza y reciprocidad, lo cual implica que no se trata de una relación entre individuos atomizados sino entre individuos socializados que se identifican con una colectividad (Márquez, 2009, p. 2).

En tercer lugar (Tejerina, 2009), las identidades construidas alrededor de la acción colectiva están marcadas por una alta carga emocional que posibilita la construcción del “nosotros”. Sin embargo, es importante mencionar que este aspecto “no puede ser enteramente reducida a un cálculo de costes y beneficios, y este aspecto es especialmente relevante en aquellas manifestaciones menos institucionalizadas de la vida social” (p. 81).

Otro aspecto importante es aquello que plantea Gamson (1992), uno de los pioneros en el análisis de los movimientos sociales, y que tienen que ver con la perspectiva de los marcos interpretativos. El plantea que los grupos que construyen una acción colectiva proceso de desarrollan marcos interpretativos que son el resultado de la suma de recursos públicos y personales o individuales. Según este autor, un marco de interpretación es efectivo si se articulan estos recursos. Los aspectos que resalta este autor, además de la existencia de los recursos simbólicos o materiales y oportunidades políticas, incluyen la capacidad de los involucrados en la movilización para definir e interpretar la situación social o política que genera la acción colectiva (Paredes, 2013).

El capital social como factor de reconocimiento

Una de las contribuciones respecto a esta perspectiva del capital social la encontramos en el planteamiento de Bourdieu, quien lo define como aquel que “... está constituido por la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuos. Expresado de otra forma, se trata aquí de la totalidad de recursos basados en la pertenencia a un grupo” (Bourdieu, 2001, p. 148).

En ese sentido, Bourdieu señala que los componentes del capital social son: la relación social que permite a los individuos reclamar acceso a los recursos poseídos por sus asociados y cantidad y calidad de estos.

Bourdieu apunta a la eficacia simbólica y no meramente instrumental de



este tipo de capital. El intercambio transforma los objetos intercambiados en signos de reconocimiento y, a través del reconocimiento mutuo de los agentes y el reconocimiento de pertenencia al grupo, produce, construye el grupo y al mismo tiempo determina los límites del grupo: en otras palabras, delimita el espacio más allá del cual el intercambio no puede tener lugar (Gutiérrez, como se citó en Capdevielle, 2014, p. 9)

De este modo, el planteamiento de Bourdieu respecto al capital social puede resumirse de este modo “(i) el capital social opera como un multiplicador que hace en forma instrumental y directa a las probabilidades de valorización de las otras especies de capital; (ii) funcionando como un capital simbólico... (iii) y, correlativamente, a reforzar su distinción respecto del resto del universo social; finalmente (iv) el capital social existe también bajo la forma de la capacidad incorporada para entablar y mantener relaciones (Baranger, como se citó en Capdevielle, 2014, p. 12).

Capital social comunitario

Como plantean Forni y sus colegas (2013), el capital social construido desde las redes sociales locales es fundamental para la sostenibilidad de las comunidades. En ese sentido, “las comunidades se conforman a partir de entretejidos complejos de redes de relaciones sociales en los que están involucrados diversos actores. Las formas informales de sociabilidad se vuelven cruciales para el sostenimiento del nivel del capital social en una comunidad. Las organizaciones dentro de un mismo territorio establecen relaciones de diversas intensidades con diferentes tipos de actores sociales. De este modo, a partir de la intensidad de sus conexiones generan y se vuelven portadoras de distintos tipos de capital social” (Forni et al, 2013, p. 14).

Forni y sus colegas añaden que las organizaciones al vincularse con el objeto de ayudarse mutuamente y establecer relaciones recíprocas de solidaridad, conforman redes que hacen posibles la generación y acumulación de *capital social de unión o capital social de vinculación*. Desde este marco, el análisis del capital social que se construyen en el contexto de las relaciones interorganizacionales construidas en el entorno comunitario, es fundamental indagar cuestiones, como: “la participación en las organizaciones de la sociedad civil, las motivaciones para hacerlo, cómo se conformaron las organizaciones



locales, la historia de las redes interorganizacionales y los vínculos que establecen fuera de la comunidad, etc.” (Forni et al., 2013, p. 14).

Durston (2002, p. 40-42), plantea una tipología del capital social que nos permite considerar un marco de análisis para procesos y prácticas que se construyen desde los ámbitos comunitarios. Durston plantea las siguientes formas:

a) **Capital social individual**, se manifiesta en los vínculos estrechos que se construyen entre individuos, que les permiten contar con crédito acumulado en forma de reciprocidad difusa, integrada por relaciones centradas en los sujetos, que se van ampliando, estableciendo redes.

b) **Capital social grupal**, referido a aquellas relaciones ampliadas entre individuos (entre 4 y 12 personas). Se caracteriza por la fortaleza de los lazos de integración, la presencia de un líder, que, basándose en su prestigio y mayores recursos económicos o políticos, establece relaciones jerárquicas de poder y ejerce algún grado de control sobre los otros miembros del grupo.

c) **Capital social comunitario**, compuesto por estructuras e instituciones sociales de cooperación, que pertenecen al conjunto total de personas de un ámbito geográfico. Se constituye en sistemas complejos y en estructuras normativas de gestión y sanción.

d) **Capital social puente**, este tipo de capital permite a los individuos, grupos o comunidades relacionarse con otros actores sociales para el lograr determinados objetivos. Los vínculos son generalmente de carácter horizontal. En contextos de exclusión, hace posible la construcción de vínculos que les permiten la expansión de la comunidad, porque permite a las comunidades o grupos excluidos tender puentes para vincularse con otras a partir de importantes niveles de confianza. Este tipo de capital se fortalece por la unión y por el incremento cuantitativo de sus miembros.

E) **Capital social de escalera**, es un capital que vincula comunidades con diferentes niveles de organización y de poder. En un contexto democrático, este tipo de capital puede contribuir al empoderamiento y la construcción de sinergias. Además, permite el acceso a diferentes tipos de recursos con los que usualmente no cuentan las comunidades pobres.



La resiliencia comunitaria

Las iniciativas sociales que se construyen como respuesta a las crisis, como es el caso de nuestro objeto de estudio, ponen en evidencia las capacidades de resiliencia que desarrollan los actores que hace parte de estos procesos. Por ello, resulta importante tener un marco de comprensión de esta categoría. En ese sentido, tomamos la definición acuñada por Alzugaray, Fuentes & Basabe (2019), quienes sostienen que

la *resiliencia* se podría reconocer como un proceso a través del cual un grupo o comunidad se sobrepone a eventos y/o condiciones de adversidad tanto naturales como sociopolíticas, a través del uso de estrategias colectivas eficaces que implican: la regulación de emociones compartidas (regulación emocional), la disposición y uso de recursos tanto materiales como humanos de la comunidad (bienestar y capital social), y la percepción de la competencia y capacidad de la comunidad para afrontar los desafíos y obtener determinados logros (eficacia colectiva). (p. 184)

Alzugaray (2019) plantea dos miradas. El primero tiene que ver con la concepción de la resiliencia como estado, que pone en juego los atributos de carácter individual que ponen en relevancia las capacidades de los individuos para resistir a las adversidades, y el segundo tienen que ver con la noción de la resiliencia como un proceso, es decir, que “se puede desarrollar y que requeriría de la presencia de otros, así como de contextos favorecedores para que las personas puedan hacer frente de mejor manera a las adversidades” (p. 68). De este modo, “la resiliencia como estado se asocia al desarrollo psicosocial y a factores favorecedores de índole individual. La otra concepción de resiliencia como proceso se asocia a consecuencias de adversidad de índole más colectivo lo mismo que con los factores favorecedores: de índole relacional y social” (Alzugaray, 2019, p. 68).

Alzugaray plantea que la resiliencia comunitaria pone énfasis en la importancia del capital social, en tanto que esta es concebida como “una forma de construcción compartida con los otros, de manera activa (con los otros actores), y donde el grupo se organiza para buscar soluciones y capacitar en ese proceso a la comunidad (Alzugaray, 2019, p. 69).

Este proceso, según López y Limón (2017), se logra gracias a las interrelaciones e interacciones que se establecen a nivel comunitario, que se traducen en acciones



compartidas y organizadas de reconstrucción. Estas prácticas de intercambio están orientadas a la búsqueda del bienestar compartido, el cual se logra mediante la cohesión social y acciones de solidaridad por el bien común, involucrando “relaciones humanas materiales e inmateriales con distinto grado de conformidad y de conflicto permeadas por mecanismos de construcción social” (López & Limón, 2017, p. 4).

De este modo, se puede decir que las prácticas de resiliencia comunitaria se construyen en los procesos previos de la resistencia social frente a contingencias que requieren soportes sostenibles para enfrentar las crisis. En ese sentido, es importante señalar que las situaciones de crisis económica, política o social generan la construcción de un tipo de conocimiento cultural, en el que el grupo o la comunidad de referencia local juega un papel fundamental, en tanto matriz cultural.

Precisamente, las redes sociales que hace parte de los procesos de socialización y sobrevivencia e las comunidades emergentes constituyen una fuente social y cultural importante no solo para la motivación de los actores para resistir, sobreponerse y reconstruirse frente a la adversidad, sino también para construir recursos y herramientas cognitivas compartidas tan importantes tanto para sobreponerse a la crisis como para pensar la reconstrucción social.

A este respecto, López y Limón (2017) plantean dos capacidades sociales claves que los grupos sociales construyen alrededor de los procesos de resiliencia comunitaria. Primero, el de la cohesión social, que tienen que ver con los sentidos de pertenencia a los grupos sociales locales. En este punto, los autores en referencia señalan dos cuestiones importantes:

- a) la cohesión colectiva fortalecida por vínculos identitarios, contribuye a mantener una proyección de futuro compartida que fomenta la esperanza de trascendencia, al mismo tiempo que posibilita la articulación de acciones organizadas desde y para los intereses comunes al grupo de pertenencia (Grueso & Castellanos, 2010); b) cumplen un papel psicosocial importante al proporcionar puntos de referencia al interior del grupo con el que se comparten sentidos de existencia, que sirven de diferenciación con otros (...). La aprehensión inmaterial de pertenecer a un grupo permite compartir la forma de comprender y estar en el mundo, desencadenando procesos



sociales colectivos y comunitarios de características culturales diferenciadas y originales. (p. 6)

La segunda capacidad social tiene que ver con lo que los autores llaman el pensamiento crítico colectivo.

Esta capacidad, que involucra aspectos psicosociales y sociopolíticos, resaltada por estudios de descolonización del pensamiento, no acepta el statu quo social como un destino inexorable (Estermann, 2009; Melillo, 2006). Esta capacidad permite resignificar los acontecimientos violentos sufridos, al analizar los contextos en que se ocasionaron, redimensionando las causas y las consecuencias, así como las responsabilidades de los participantes. Capacidades sociales y conocimientos culturales mantienen un carácter dinámico, pues están estrechamente relacionados con las circunstancias contextuales, sus concreciones, las tensiones y las formas de enfrentarlas y superarlas. Aunque se verifican en un momento específico, éstas pueden desaparecer; no obstante, desde la psicología social se afirma que cuando el grupo conserva en la memoria colectiva bagajes de ciertas capacidades desplegadas, el proceso de (re)aprendizaje retoma los conocimientos asociados a las capacidades desarrolladas en el pasado. (López & Limón, 2017, p. 7)

c. Pilares de la resiliencia comunitaria

Uriarte (2013) plantea tres pilares que sostienen las resiliencias a nivel comunitario.

Primero, **la estructura social cohesionada**, que tienen que ver con el modo como las acciones de colaboración y solidaridad construidas previamente en la comunidad se convierten en un pilar importante para construir procesos de resiliencia comunitaria. Las comunidades que han desarrollado una mayor eficacia colectiva, es decir que han logrado actuar de manera mancomunada, son aquellas que construyen soportes más sólidos de resiliencia. “La eficacia colectiva, entendida como la creencia de poder actuar conjuntamente y lograr el efecto esperado, se ha ido configurando en la historia de cada comunidad y tiene la virtud de dar un sentido de compromiso activo del individuo con su grupo de pertenencia. Las actividades de colaboración, solidarias y humanitarias, tanto para



con sus conciudadanos como las experiencias de ayuda extracomunitaria, son el punto de apoyo para actuar de la misma manera ante situaciones excepcionales y de emergencia social” (Uriarte, 2013, p. 12).

En esta línea, Alzugaray (2019) sostiene que en este proceso se construye lo que ella llama una cultura de la eficacia colectiva compartida, que es posible observar en situaciones de violencias y adversidades. En estos contextos, “las comunidades reconstruyen la confianza y la identidad colectiva para lo que se requiere un liderazgo comunitario, contar con espacios colectivos y realizar acciones colectivas” (p. 69).

Alzugaray pone atención en el hecho de que los espacios y rituales colectivos, como es el caso de las ritualidades religiosas, así como las acciones de política social desde la comunidad pueden actuar tanto como facilitadores, si ayudan a dar significado a lo vivido, o como una forma de cohesión.

Segundo, **la identidad cultural**, que tienen que ver con el conjunto de elementos que hacen parte de la cosmovisión y las prácticas propias de una comunidad, como los valores, las creencias, los ritos, los gustos musicales, las costumbres, etc., que hacen parte de los referentes culturales a partir del cual se construyen los sentidos de pertenencia a la colectividad. Precisamente, “la identidad cultural refuerza los lazos de solidaridad en casos de emergencia más allá que al núcleo familiar cercano” (Uriarte, 2013, p. 13).

Tercero, **la autoestima colectiva**, que está relacionada como una determinada actitud y sentimiento de orgullo por el lugar en el que las personas viven, y que está conectada con la identificación que se genera con determinadas costumbres, prácticas sociales, representaciones culturales significativas. A este respecto, Uriarte añade que “el ambiente no es una condición dada y digna de ser contemplada pasivamente. Es también una creación humana. Las personas y las sociedades que tienen una autoestima colectiva alta se recuperarían antes de las adversidades” (Uriarte, 2013, p. 14).

Un apunte final sobre la resiliencia comunitaria tiene que ver con las implicancias que ella tiene en determinadas coyunturas socio políticas, que tiene que ver con el modo como determinadas condiciones externas (sociales o políticas) ponen en juego la capacidad de la comunidad para gestionar el cambio frente a situaciones de crisis (Menanteux, 2015).



A partir del reconocimiento del caso de las “ollas comunes” en Lima Metropolitana, como relevante para el análisis de aspectos como la representación, el capital social y la resiliencia; este estudio se propuso como objetivo general analizar las representaciones sobre poblaciones vulnerables durante la crisis generada por la pandemia del COVID 19, y como objetivos específicos: 1. Describir las representaciones (construcción) de las estrategias de supervivencia de poblaciones vulnerables en los medios de comunicación. 2. Analizar los espacios/canales para la construcción de redes de comunicación para la supervivencia. 3. Analizar los discursos desde y para los actores sociales involucrados en las estrategias de supervivencia. 4. Describir la actuación de los grupos de interés en la puesta en escena de las estrategias de supervivencia.

II. METODOLOGÍA

El presente estudio se realizó bajo un enfoque cualitativo de tipo explicativo, usando el método de estudio de caso. En específico, este método resulta útil para el abordaje de la investigación porque “estudia un fenómeno contemporáneo dentro de su contexto de la vida real, especialmente cuando los límites entre el fenómeno y su contexto no son claramente evidentes.” (Jiménez Chaves & Comet Weiter, 2016, p. 2) y hace posible una exploración más profunda de un fenómeno y a su vez permite la ampliación del conocimiento sobre este (Martínez Carazo, 2006).

Es importante recordar que en estudios de esta naturaleza los resultados no son generalizables, sino más bien transferibles pues la finalidad de un estudio cualitativo, en el que se inscribe este estudio de caso, es que los resultados puedan aplicarse a otros contextos, en el sentido que ofrecen la posibilidad de utilizar algunos resultados para vincularlos o aplicarlos a otras realidades. La “transferibilidad” es una cualidad o condición que no define el investigador sino más bien es decidida por los lectores y usuarios que identifican aquellos resultados del estudio que consideran pertinentes y aplicables a una realidad distinta del estudio. (Hernández Sampieri et al., 2014)

Para el presente estudio se utilizaron un conjunto de técnicas de recojo de información que incluyeron el análisis de fuentes periodísticas, entrevistas en profundidad y una revisión teórica de conceptos y estudios efectuados en otros contextos asociados al fenómeno. La



unidad de análisis fue el discurso y los relatos de las gestoras y usuarias de las “ollas comunes”. Para ello, sumamos a las entrevistas en profundidad la revisión de publicaciones periodísticas (entrevistas, testimonios y reportajes). El criterio de selección empleado es que estas incluyesen declaraciones de la población perteneciente o vinculada al caso estudiado y que vivían en zonas urbano-marginales de Lima Metropolitana. Se eligió esta técnica debido a las limitaciones tecnológicas en el sector y las condiciones de aislamiento social por el contexto de la COVID 19, que impidieron el contacto directo con la población. Sin embargo, se logró establecer contacto presencial con dos gestores de “ollas comunes” que resultó útil para consolidar la información.

III. RESULTADOS

“Ollas comunes”: capital social y sobrevivencia

Durante el segundo trimestre del 2020, luego de declarada la emergencia sanitaria por la COVID 19, seis millones de peruanos perdieron el empleo (Organización Internacional del Trabajo, 2020) y consecuentemente sus medios para sobrevivir y alimentarse. En medio de esta crisis las comunidades más vulnerables del Perú, y especialmente de Lima, se organizaron en un sistema de autogestión solidaria para enfrentar el hambre. Así lo manifiestan dirigentes como Fortunata Palomino o la usuaria Patricia de la Cruz en el Asentamiento Villa Torre Blanca, ubicada en Carabayllo:

“Las ollas comunes” se organizan como un apoyo de emergencia alimentaria, porque a la gente durante la pandemia y el confinamiento se le terminaron los ahorros” Fortunata Palomino, Villa Torre Blanca. (Agencia AFP, 2021)

“Llega un momento con la cuarentena que no se trabaja, no hay de dónde agarrar [dinero], no hay de dónde comer, es difícil”, Flor Mautino, Villa Torre Blanca. (Agencia AFP, 2021)

“Mi esposo está trabajando, yo ahorita no estoy trabajando y solamente nos apoyamos con la olla común, y necesitamos porque ya que, usted ve,



estamos en una zona de extrema pobreza”, Patricia de la Cruz, Villa Torre Blanca. (Agencia AFP, 2021)

Esta es también una respuesta desde la propia comunidad ante la ausencia del Estado; pues es un mecanismo de autogestión liderado principalmente por mujeres que sobreviven en situación de pobreza y ha generado el (re) surgimiento de un tipo de actoría ciudadana, que –en el proceso de resolución de la necesidad de alimentación en su comunidad– logran configurar un liderazgo que asume la gestión de otros problemas ciudadanos cuya responsabilidad correspondería al Estado local. Precisamente, el fenómeno de las “ollas comunes” devela no solo la falta de una política de atención a las necesidades primarias de la población, sino la propia ausencia del Estado en las zonas más empobrecidas del país.

“Las “ollas comunes” resistimos con autogestión de las madres de familia que siempre han trabajado, y no saben quedarse en sus casas esperando que la situación mejore. Las donaciones de Qali Warma solo nos ayudan para un par de días. Por eso, vamos a pedir alimentos a los mercados mayoristas.” Fortunata Palomino, representante de las “ollas comunes” de Carabayllo. (Ojo Público, 2021)

El espacio de las “ollas comunes” permite reconstruir un aspecto central en la vida de la población que reside en estas localidades, que tiene que ver con la construcción del “nosotros”. Precisamente, el largo confinamiento producto de la pandemia puso en paréntesis y afectó este aspecto de la vida colectiva en estas comunidades. Es interesante observar en las entrevistas a las gestoras el modo como alrededor de cada olla Común se reactivan los vínculos de cooperación entre los vecinos y se generan nuevas redes de apoyo, en el que las organizaciones naturales de la localidad, como las iglesias, las asociaciones de vecinos y otras colectividades juegan roles importantes de soporte.

El esfuerzo que despliegan los gestores y las gestoras de las “ollas comunes” se convierte en una acción ciudadana que se conecta con los esfuerzos y demandas de las comunidades y grupos excluidos por el reconocimiento no solo de sus demandas sociales, sino también de otros derechos como ciudadanos. En ese sentido, el espacio de la olla Común, que se convierte en lugar de interacción e intercambio cotidiano, “transforma los objetos intercambiados en signos de reconocimiento y, a través del reconocimiento mutuo de los



agentes y el reconocimiento de pertenencia al grupo, delimita el espacio más allá del cual el intercambio no puede tener lugar (Gutiérrez, como se citó en Capdevielle, 2014, p. 9). Esto es interesante notarlo en el hecho de muchas de las presidentas de las “ollas comunes” se han convertido en referentes para el abordaje de otros problemas sociales de la comunidad. Este es el caso de Rosalvina Rojas, coordinadora de la olla común “Familia Unida” de Flor de Amancaes en el Rímac. Ella fue convocada por la UGEL del distrito para ser parte de una comisión para el apoyo a los estudiantes de dicha circunscripción.

“Me sorprendió que me buscaran los de la UGEL, porque ellos decían que nosotros conocíamos más la realidad de los chicos. Es cierto, nosotros sabíamos quienes estudiaban y quienes no, y podríamos apoyarles. Nosotros les ofrecimos ayudar a los niños a hacer sus tareas en las horas que no estábamos cocinando”. (R. Rojas, comunicación personal, 24 de agosto del 2021)

Por otra parte, las “ollas comunes” se han convertido en un lugar desde el que construye un nuevo rostro de lo público, que trae consigo la visibilidad y el empoderamiento del “otro excluido”. Esto es interesante observarlo en el discurso de los gestores de las “ollas comunes”, especialmente en el modo como plantean la construcción de una agenda pública que incluye otros problemas sociales que interpela a los actores de la esfera pública oficial. Varios de los entrevistados señalan que los beneficiarios de las “ollas comunes” les demandan la atención de otros problemas, como la atención las personas de la tercera edad, el apoyo a los niños en su proceso escolar en el contexto de la pandemia, la atención a los vecinos indigentes, etc. Jano Rodríguez, coordinador del Comedor Parroquia San José Obrero de Barranco, señala que cuando abrieron el comedor no imaginaban que atender casos sociales, especialmente el apoyo a los vecinos de la tercera edad. “Esto lo hemos mencionado cuando nos han entrevistado en la radio, para que las autoridades pueden conocer estos problemas que deben ser atendidos. Nosotros les brindamos el apoyo que podemos” (J. Rodríguez, comunicación personal, 27 de agosto del 2021). En esta misma línea, podemos ver en el discurso de las dirigentes de la Red de “ollas comunes” de Lima la construcción de una agenda que exige a las autoridades la atención de otras demandas de estos sectores que atraviesan situaciones económicas y sociales muy críticas.



Se puede notar en el discurso de las entrevistadas no solo el develamiento de la ausencia de las autoridades en sus distritos, sino también las fragilidades de la gestión política respecto a la atención a los más vulnerables.

La esfera pública que las “ollas comunes” han construido se convierte en un espacio para la visibilidad no solo de los actores que impulsan esta iniciativa ciudadana y de los propios beneficiarios, sino también de las fisuras y debilidades estructurales del sistema. En el discurso de los actores se puede observar una narrativa crítica a las desatenciones de los operadores políticos y un develamiento de la ausencia del Estado en estos espacios de la sociedad.

Si bien las “ollas comunes” constituyen organizaciones construidas en el contexto coyuntural de una crisis, que hace que emerjan adoleciendo del proceso de formalización propio de los colectivos ciudadanos tradicionales, constituyen iniciativas que hacen parte del rostro diverso de la sociedad civil. En este caso, estamos ante un sector de la sociedad civil que se construye desde los márgenes, desde la frontera de la exclusión. En este caso, es interesante notar que es la crisis coyuntural la que genera su visibilidad. La emergencia los emerge y los pone en la agenda a la manera de una irrupción, pero al mismo tiempo les permite reconocerse como agentes políticos. La mayoría de los entrevistados hacen referencia al hecho de haber construido una red de “ollas comunes” que les permite sumar voces y hacerse escuchar ante las autoridades. Precisamente, las acciones de incidencia política y mediática que desplegaron las lideresas de la Red de “ollas comunes” de Lima ha generado no solo un nivel de empoderamiento en la agenda pública, sino también de generación de un imaginario de reconocimiento simbólico.

Las “ollas comunes”, han logrado su reconocimiento simbólico y se han fortalecido como mecanismo de resistencia ante las crisis, por su rol histórico y un largo recorrido iniciado en crisis económicas previas. Si bien es cierto, mecanismos de apoyo alimentario han sido implementados por el Estado, estos no lograron atender la demanda de las comunidades vulnerables durante la pandemia.

Como se sabe, las “ollas comunes” surgieron a raíz de la crisis económica agravada por la pandemia. Estas agrupaciones vecinales se forjaron como respuesta a esta situación que afectó el derecho a la alimentación de miles de familias en situación de vulnerabilidad. Hasta la fecha, solo en Lima se



han logrado registrar 2 mil 447 “ollas comunes” que son la única fuente de alimento de más de 247 mil personas. (Wayka, 2021)

El rol del Estado

Si bien es cierto, entidades del Estado como el Ministerio de Salud, con su normativa para asegurar la sanidad de los alimentos; el MIDIS, articulando y fortaleciendo la institucionalidad de las “ollas comunes”; las municipalidades para organizar la distribución de alimentos; buscan cumplir con un rol para garantizar la seguridad alimentaria; no logran ser reconocidos como actores eficaces en esta tarea. La burocratización, la debilidad institucional, la lejanía (física y emocional) con que se percibe al Estado, lo presentan como un actor distante al que solo se le pueden formular reclamos, mayor transparencia y celeridad.

Han sido las organizaciones de mujeres las que han configurado un mecanismo autogestionario de sobrevivencia. Ello significa en sí mismo un cuestionamiento a la eficacia estatal, en tanto garante de derechos, pues como reconocen dirigentes de estas ollas, las entidades gubernamentales no tienen presencia ni ayudan a sostener esta estrategia para combatir el hambre.

“Muchas ollas van a cumplir un año sin la presencia de nuestras municipalidades ni ayuda del Estado. Nosotras mismas, desde nuestras organizaciones, hemos gestionado la ayuda”, Abilia Ramos, Coordinadora de “ollas comunes” de San Juan de Lurigancho. (Gran Angular, 2021)

“Desde San Juan de Lurigancho hemos hecho una denuncia para que la municipalidad nos entregue el registro total para hacer un trabajo en conjunto con el MIDIS y la misma municipalidad, pero no nos han dado una respuesta clara. En reunión con la ministra nosotras hemos pedido que nos hagan partícipes de la repartición de alimentos para poder fiscalizar y que estos lleguen a ollas que realmente lo necesitan” Abilia Ramos, Coordinadora de “ollas comunes” de San Juan de Lurigancho. (El Gran Angular, 2021)

“... una estrategia de sobrevivencia que ha logrado paliar los efectos de anteriores crisis económicas, desempleo masivo e incluso enfrentar los



efectos de desastres, puede muy bien ser ahora una articuladora de las intervenciones mucho más integrales del Estado para rebajar los efectos de la pandemia y contribuir a la recuperación paulatina de los más pobres al aparato productivo, porque siguen estando más propensos a sufrir los efectos del hambre y la desnutrición” (La República, 2021)

“El Estado debería hacerse cargo de nosotros, ¿pero ¿cómo podría si ni siquiera saben que existimos? El otro día nos dijeron que la municipalidad iba a pasar por aquí para darnos unas donaciones. Nos quedamos haciendo guardia, esperamos como hasta las tres de la mañana. Nadie apareció. A finales de octubre, varias “ollas comunes” de todo Lima realizamos un banderazo para que nos vean, para que sepan que estamos aquí. Si no nos hacen caso, saldremos a las calles a marchar” Abilia Ramos de la Olla Común “Esperanza del Perú” de San Juan de Lurigancho. (Ojo Público, s.f.)

Las estrategias comunicativas de la solidaridad

Otro aspecto importante es el modo como las “ollas comunes” han resignificado sus estrategias de solidaridad. A propósito, es importante mencionar que el entorno desde el que emergen estas iniciativas ciudadanas está marcado o caracterizado por una cultura cotidiana de la solidaridad en el marco del sentido de vivir en comunidad. Sin embargo, es interesante notar que el contexto y el sentido de la emergencia hace que actores redimensionen sus estrategias de solidaridad incluyendo a otros y colocándose en el escenario que trasciende lo local.

En ese sentido, podemos señalar los siguientes elementos de las prácticas de solidaridad construidas desde las “ollas comunes”.

- **La conexión con las demandas e implicancias políticas**

En el discurso de las lideresas se puede observar una constante referencia no solo a la necesidad de atender a los beneficiarios, sino también al hecho de que las autoridades y las instancias del estado no han asumido su responsabilidad frente a la crisis. Esta lectura y percepción que ellas hacen la iniciativa que han emprendido está alimentada por el escenario construido desde la instancia de la Red de “ollas comunes” de Lima, quienes colocaron en la agenda política la necesidad de la creación de una política pública en



relación a la emergencia alimentaria. Para ello esta organización utilizó la red social Twitter:

“Ayer la Comisión de inclusión del @congresoperu escuchó a representantes de la Red de “ollas comunes” de Lima, en el marco de la elaboración del PL de #OllasComunes.” (Red de Ollas Comunes, 2021b)

¿Quién logró que la Emergencia Alimentaria sea una realidad? Lo hizo el pueblo organizado, desde la Red de “ollas comunes” de Lima, junto a nuestro equipo técnico y aliadas políticas que estuvieron con nosotras desde el inicio. Y te lo contamos a través de este hilo.

...Por ello comenzamos a buscar aliad@s en l@s Congresistas electos en el 2021, y tuvimos un acercamiento a diversas congresistas de diferentes partidos políticos. Quienes hicieron presente su compromiso con las “ollas comunes” de nuestro país”. (Red de Ollas Comunes, 2021a)

▪ **La incorporación de la narrativa religiosa de la solidaridad**

Es importante notar el modo como el factor religioso constituye un componente importante en la narrativa de las usuarias de “ollas comunes”. Lo religioso aparece no solo en términos la presencia institucional de la Iglesia católica, a través de las parroquias locales, sino también en términos de los valores que imprime el catolicismo cultural en relación a la solidaridad y compasión con el prójimo. Varios de nuestros entrevistados no solo aluden a “la mano de Dios” que les ayudó en su proceso de resiliencia en medio de la crisis o a determinados valores inspirados en la fe cristiana, sino que además han incorporado determinados rituales aprendidos en las comunidades parroquiales.

“Aquí sucede el milagro, por eso rezamos por la comida, damos primeramente gracias a Dios porque nos está bendiciendo día a día, y vemos como se multiplica. De dos Ollitas, la sopa se multiplica para 100, 120 platos. El ingrediente más importante de esta comida es el amor” (Roxana, coordinadora de la olla común del asentamiento humano de Villa Hermoso de Collique, comunicación personal 22 de agosto del 2021)



La “olla común” se ha convertido en un espacio desde el que se construyen puentes diversos de solidaridad. Si bien, estas iniciativas nacieron inicialmente para responder a la crisis económica que generó el confinamiento pandémico, luego se constituyeron en espacios de generación de otras formas y acciones de solidaridad, como la atención de las personas de tercera edad, el acompañamiento a los estudiantes escolares en sus tareas educativas y gestionando el acceso al internet. En ese sentido, la “olla común” visibiliza el rostro de aquellos vecinos que viven en situación de vulnerabilidad y genera nuevas formas de solidaridad con ellos. Por otro lado, reactiva las prácticas cotidianas de solidaridad sobre la cual se construyeron las comunidades en la que se encuentran ubicadas.

La representación mediática

Un aspecto importante del proceso de las “ollas comunes” en Lima tiene que ver con el modo como se construyó una determinada narrativa y representación en los medios. En ese sentido, encontramos cuatro tendencias respecto al modo como los actores de las “ollas comunes” son representados:

- **Excluidos y emergentes**

Las comunidades urbanas, en grandes metrópolis, suelen estar conectadas a partir de encuentros funcionales, es en realidad una amalgama de comunidades disimiles que coexisten y comparten un territorio, pero no necesariamente un imaginario común. El espacio público es un escenario en el que los actores establecen un conjunto de vínculos, se reconocen y construyen significados. Los medios son el escenario para establecer estos vínculos y para construir significados.

La crisis empuja a la escena, especialmente mediática, a quienes no tienen empleo o recursos para sobrevivir, se hacen llamados públicos como lo hizo Elizabeth Huacchillo, una voluntaria que apoya en una olla Común, en una entrevista para una agencia de noticias “Yo lo que quisiera es que nos apoyen con víveres. Nos falta lo que es carnes, para así poder apoyar a la gente” (Agencia AFP, 2021)

Los medios de comunicación masiva por su parte construyen una narrativa de emergencia, median entre donantes solidarios y aquellos que padecen de hambre, hacen visibles las carencias y la fortaleza de las organizaciones. El discurso de la carencia es central en la puesta en escena mediática



“No hay gas, no hay sal, no hay leña. No tenemos el apoyo de nadie. Somos los olvidados aquí”, Aurora, Olla Común La Milagrosa, Villa María del Triunfo (Salud con Lupa, 2021)

“Ayer se acabó el arroz. Nosotros preparamos 20 kilos diarios y con lo que cobramos (S/1 por ración) no alcanza para cubrir nuestras necesidades. Estamos con miedo y preocupación”, Vilma Arónes Taype Agrupación de Familias Nueva Vista, Villa María del Triunfo. (Rosas, 2021)

“Nosotros los adultos podemos aguantar el hambre, pero los chiquitos no, ya mi bebé no se abastece con mi leche y necesita alimentarse con frutas y huevos” Diana Mellado, miembro de olla común. (Moreno, 2020)

- **El discurso de la magia de los pobres para sobrevivir la crisis**

Las notas periodísticas televisivas revaloran de manera espectacular el hecho de que los pobladores, y especialmente las mujeres, que se mueven alrededor de las “ollas comunes” se convierten en agentes extraordinarios porque se les percibe con una capacidad casi sobre humana para resolver el problema de la alimentación en medio de la emergencia. Al revalorar este rostro de la crisis, los medios obvian en su discurso las causas estructurales de la crisis. Las notas se enfocan en el relato del milagro de “la multiplicación de los panes” y la acción solidaria emergida desde la propia comunidad, incidiendo en menor medida en las responsabilidades de los agentes del Estado y los operadores políticos.

“De ahí en adelante, se colaboraba con lo que había en casa y recogíamos una zanahoria, un apio o una lechuga. Luego, recibimos más apoyo de organizaciones y colectivos” Rossi Acosta Mallqui, olla común Con la Unión Todo se Puede, Asentamiento Humano Halcón Sagrado, Pamplona Alta, San Juan de Miraflores. (Rosas, 2021)

“Aquí nos ayudamos entre todos porque esto es para todos. Podemos sentirnos desganados cuando no hay alimento, pero igual seguimos. Si hoy



no hay, habrá mañana” Lourdes Sosa, miembro olla común en Villa María del Triunfo. (Moreno, 2020)

▪ **La representación del mesianismo mediático:**

Ante la ausencia del Estado en estas comunidades, los actores de los medios aparecen no solo como visibilizadores de la crisis y sus actores, sino también como agentes salvadores y compasivos frente a la emergencia. Al referirse a un conductor de televisión que brinda apoyo alimentario a varios asentamientos humanos, un diario de Lima señala en una nota.

...conmovido por la extrema situación que vivían miles habitantes de asentamientos humanos, dio vida a este proyecto con el compromiso de brindar un plato de comida diario a las personas que se vieron más afectadas por estas circunstancias y hacerles sentir que no están solos. (Vigo, 2020)

Esta representación construye la cultura de la solidaridad asistencialista y paternalista en la solución de la crisis. En el caso de la televisión, se añade la representación de los pobres alimentado por el espectáculo y la dramatización del hecho, confundiendo la solidaridad con el altruismo, las benevolencias filantrópicas, obviando la afirmación de determinados derechos que les asisten a estas personas como ciudadanos.

Este es el caso del programa televisivo “La banda del Chino”, que dedicó varias de sus ediciones a emitir reportajes sobre la entrega de alimentos a varias “ollas comunes” de las zonas más pobres de Lima. En uno de estos reportajes se muestra a una de las dirigentes de la Olla Común del Asentamiento Valle Hermoso del distrito de Comas, quien, con mucha emoción, agradece al director de dicho programa: “Dios te bendiga, Dios te bendiga, chino... Hemos visto tu programa y soñábamos que llegues hasta aquí para ayudarnos, queríamos que nos ayudes, porque somos pobres”. Enseguida, todas las mujeres que acompañan a la dirigente vitorean: “Bravo chino... ¡Tres hurras para el chino, hip hip hurra, hip hip hurra, hip hip hurra! En el mismo sentido, el programa televisivo de entretenimiento “América Hoy” muestra imágenes de la popular conductora peruana Gisela Valcárcel, a quien se le ve ayudando a las mujeres de la Olla Común “Madres emprendedoras” en el Asentamiento Humano El paraíso en San Juan de Lurigancho. El allego a dicho lugar con un camión lleno de alimentos para obsequiar a esta olla común.



▪ **La construcción de las actorías ciudadanas desde el margen**

Varios medios de comunicación, especialmente los impresos y los de las redes sociales han construido una narrativa en la que se revaloriza la agencia política de los actores que surgieron alrededor de los “ollas comunes”. Varios de estos medios pusieron en relevancia el hecho de que estas iniciativas de emergencia ante la crisis colocaron en agenda la necesidad de políticas públicas en relación a la emergencia alimentaria. Esto se pudo apreciar con más claridad en el abordaje periodístico de la campaña emprendida por la Red de “ollas comunes” de Lima sobre la seguridad alimentaria. Aquí algunas notas que reflejan esta perspectiva:

Como se sabe, las “ollas comunes” surgieron a raíz de la crisis económica agravada por la pandemia. Estas agrupaciones vecinales se forjaron como respuesta a esta situación que afectó el derecho a la alimentación de miles de familias en situación de vulnerabilidad. Hasta la fecha, solo en Lima se han logrado registrar 2 mil 447 “ollas comunes” que son la única fuente de alimento de más de 247 mil personas. (Wayka, 2021)

...una estrategia de sobrevivencia que ha logrado paliar los efectos de anteriores crisis económicas, desempleo masivo e incluso enfrentar los efectos de desastres, puede muy bien ser ahora una articuladora de las intervenciones mucho más integrales del Estado para rebajar los efectos de la pandemia y contribuir a la recuperación paulatina de los más pobres al aparato productivo, porque siguen estando más propensos a sufrir los efectos del hambre y la desnutrición. (La República, 2021)

Pero el margen es aún más dramático para quienes tienen condiciones más profundas de exclusión. La difusión de los espacios en donde se comparten los alimentos, los horarios de distribución de estos, el empadronamiento de beneficiarios o el solo conocimiento de que existe una “olla común”; dependen del acceso a información o la cercanía de los actores



a los centros de provisión de alimentos. Pero para muchas familias esto no es posible por acceso a tecnologías, competencias lingüísticas o condiciones estructurales

“En algunas ollas las mujeres no saben leer ni escribir, ni usan WhatsApp, no están enteradas ni del registro ni del apoyo de la municipalidad. Muchas ollas están ubicadas en zonas altas donde no llega agua, luz, ni internet. Esas señoras no tienen conocimiento de los apoyos que existen.”, Abilia Ramos, Coordinadora de “ollas comunes” de San Juan de Lurigancho. (Gran Angular, 2021)

IV. DISCUSIÓN

La construcción del nosotros

Durante el contexto de emergencia en una metrópoli como Lima, se reactivaron mecanismos de solidaridad. Estos tienen un doble status: entre los miembros de la comunidad (endógenos) y entre grupos distintos de la sociedad (exógenos). Esto es mecanismos al interior de los propios grupos sociales son posibles por las creencias compartidas que les permiten construir un nosotros (Cabrera, 2004), desde cuya base desarrollan una identidad que implica a su vez una representación social que les permite desde una visión compartida enfrentar necesidades materiales, sociales y de comunicación (Calonge, 2006). A partir de esta mirada las usuarias y usuarios de ollas comunes fortalecen sus lazos de colaboración y solidaridad, en este caso alrededor de la alimentación. Desde otros grupos sociales la solidaridad establece dos escenarios de representación distintos el “nosotros de las ollas comunes” y los “otros” que brindan apoyo, asistencia y dan muestras de solidaridad al grupo vulnerable.

El capital social: La reconfiguración de las actorías ciudadanas

El caso estudiado, representa un ejemplo de lo que Durston (2000) denomina capital social comunitario, en tanto las “ollas comunes” conforman una institución de cooperación grupal que cuenta con “estructuras normativas y gestoras; aunque no formales construidas desde prácticas cotidianas y del discurso identitario. Este capital social comunitario facilita



a la población usuaria la obtención de alimentos, a través de mecanismos de retribución oportunas; teniendo como base un contexto institucionalizado de carácter comunitario (Capdevielle, 2014); sin el cual la eficacia de las “ollas comunes” no sería posible.

La importancia de las redes y su densidad, una condición necesaria para el capital social, juegan un rol fundamental en las “ollas comunes” pues permiten su emergencia como institución comunitaria (Forni, Siles, & Barreiro, 2004).

El caso de las “ollas comunes” construidas en las comunidades pobres de Lima ha generado el (re) surgimiento de un tipo de actoría ciudadana que tiene entre sus rostros principales a las mujeres, que –en el proceso de activar la acciones para resolver la necesidad de alimentación en su comunidad– logran configurar un tipo de actoría pública que asume la gestión de otros problemas ciudadanos cuya responsabilidad correspondería al Estado local. Precisamente, el fenómeno de las “ollas comunes” devela no solo la falta de una política de atención a las necesidades primarias de la población, sino la propia ausencia del Estado en las zonas más empobrecidas del país.

En este contexto, las gestoras de las “ollas comunes” se convierten referentes de otras problemáticas sociales, que les permite desarrollar un nivel de liderazgo político en el espacio público local. Desde la perspectiva habermasiana, en relación a la acción comunicativa, un espacio como “ollas comunes” permite superar la razón tecnocrática y favorece la participación del ciudadano en la acción comunicativa cotidiana, permitiéndole colocar en la agenda pública sus percepciones, demandas y juicios. En las “ollas comunes” las mujeres asumen un papel protagónico, que va más allá de la resolución de un problema social, que hace visible “el rol y potencial de las mujeres como actores sociales y comunitarios más allá de la sola cocina” (Raffo, 2021).

Alrededor de la configuración de la actoría pública de las gestoras de las “ollas comunes”, es posible observar la construcción de un tipo de capital social que se caracteriza por los siguientes rasgos:

- **La cultura comunitaria**, marcada por la construcción de redes de cooperación y apoyo mutuo –propio de las comunidades desde donde surgen las “ollas comunes”–, se convierte en una matriz clave para gestar una red local que sostiene el emprendimiento social. En ese sentido, el capital social se construye



aquí desde la estructura de las relaciones sociales preexistentes en la comunidad. En este caso, las relaciones de cercanía que se construyen alrededor de la acción colectiva que persigue una demanda en pro de bien común, se convierte en una base importante para gestar la solidaridad. Esta matriz cultural construida con anterioridad a la pandemia permite que se afirmen con facilidad los elementos centrales para la configuración del capital social: la confianza y las normas de reciprocidad, así como las reglas de juego (Ostrom & Ahn, 2003).

- **La construcción del “nosotros”.** El espacio de las “ollas comunes” permite reconstruir un aspecto central en la vida de la población de estas localidades, que tiene que ver con la construcción de una práctica cultural y social basada en la lógica comunitaria del “nosotros”. Precisamente, el largo confinamiento producto de la pandemia puso en paréntesis y afectó este aspecto de la vida colectiva en estas comunidades. En este contexto, las “ollas comunes” se convierten en ese espacio de mediación simbólica que empieza a recuperar el valor del nosotros, que hace que la gente empiece a salir del confinamiento para construir nuevos procesos de socialización e identificación con la colectividad (Márquez, 2009). Es interesante observar en las entrevistas a las gestoras el modo como alrededor de cada “olla común” se reactivan los vínculos de cooperación entre los vecinos y se generan nuevas redes de apoyo, en el que las organizaciones naturales de la localidad, como las iglesias, las asociaciones de vecinos y otras colectividades juegan roles importantes de soporte. Al respecto, Lourdes Sosa, miembro de una de las “ollas comunes” de Villa María del Triunfo testimonia: “Aquí nos ayudamos entre todos porque esto es para todos. Podemos sentirnos desganados cuando no hay alimento, pero igual seguimos. Si hoy no hay, habrá mañana” (Moreno, 2020).
- **La lucha por el reconocimiento.** El esfuerzo que despliegan los gestores y las gestoras de las “ollas comunes” se convierte en una acción ciudadana que se conecta con los esfuerzos y demandas de las comunidades y grupos excluidos por el reconocimiento no solo de sus demandas sociales, sino también de otros derechos como ciudadanos. Esto es interesante notarlo en el hecho de muchas de las presidentas de las “ollas comunes” se han convertido en referentes para el abordaje de otros problemas sociales de la comunidad.



- **Las competencias comunicativas.** La demanda para una mayor atención a las demandas de las “ollas comunes” ha contribuido al fortalecimiento de la capacidad de vocería de las dirigentas, tanto para vincularse con el Estado como con los medios de comunicación. Han logrado hacer visible su problemática, ser reconocidas como voceras comunitarias y referentes en la lucha contra la pandemia. Su discurso articula demandas, convoca apoyos y cohesiona a su comunidad.

Como lo plantean Forni y un grupo de investigadores (2013), estos rasgos configuran el capital social de unión o de vinculación, en el que las redes sociales que hace parte de los procesos de socialización y sobrevivencia de las comunidades emergentes constituyen una fuente social y cultural importante no solo para la motivación de los actores para resistir, sobreponerse y reconstruirse frente a la adversidad, sino también para construir recursos y herramientas cognitivas compartidas tan importantes tanto para sobreponerse a la crisis como para pensar la reconstrucción social (López & Limón, 2017).

Es interesante, además, observar que las “ollas comunes” han reactivado las redes pre-existentes en estas localidades, que emergen en un contexto de crisis y se fortalecen, desde la lógica de la acción colectiva, como actor demandante y referente frente a la acción del Estado o políticas públicas que vulneran sus derechos e incrementan las brechas de desigualdad.

La construcción de la otredad desde el espacio público

La condición de exclusión, que los sitúa en la marginalidad y la construcción de una agencia propia frente a lo que las políticas públicas y sus agentes proponen, los constituyen como “contra públicos”, como los denominaría Fraser (1991), en tanto que empiezan a asumir un rol de liderazgo desde la base social, individual y colectiva, y en este proceso hacen parte de un público más amplio, poniendo en juego su rol de mediadores entre las demandas de los de abajo y los que tienen el poder. Este concepto, resulta útil para reflexionar sobre el rol de los contrapúblicos emergentes, en una sociedad marcada por los discursos hegemónicos, la estratificación social y la legitimación o deslegitimación de públicos.



Los vínculos entre actores sociales y su mutuo reconocimiento, por las dimensiones de una ciudad como Lima, suele ser difuso, mediado y conflictivo. Difuso, en tanto las comunidades no logran conocerse lo suficiente entre sí por el cruce de categorías simbólicas de carácter generacional, étnico, social, laboral o territorial; mediado porque las imágenes de “los otros” o incluso del “nosotros” son construidas desde los medios o a través de plataformas electrónicas; y conflictivos porque el “nosotros” puede ver en “los otros” una amenaza al orden propio, alguien que vive de “manera distinta” y no se adapta al orden puede alterarlo.

Las personas que viven en situación de exclusión “emergen en la emergencia”, aquello que era difuso, se aclara porque en primer lugar la búsqueda de alimentos o el acceso a los mismos se vuelve una dificultad compartida durante el periodo de aislamiento social.

Narrativas de la solidaridad desde las “ollas comunes”

En el discurso de las lideresas se plantean demandas a la seguridad alimentaria y un cuestionamiento permanente al rol de diversas instancias del Estado peruano. En contraposición, se releva del rol comunitario para afrontar la crisis como una más eficaz y oportuno. Las carencias y adversidades, con un Estado percibido como distante y poco eficaz, se resuelven desde estrategias colectiva, a través de vínculos entre los miembros del grupo y vínculos externos con otros actores sociales: iglesias, voluntarios, organismos no gubernamentales, medios de comunicación, entre otros. A ello se añade la “percepción de competencia y capacidad de la comunidad para afrontar desafíos y obtener logros” (Alzugaray, 2019), lo que hace que los grupos sociales gestores de las “ollas comunes” puedan ser una muestra concreta de resiliencia comunitaria, que reúne dos capacidades sociales la cohesión social (alrededor de los mecanismos de cooperación y el pensamiento crítico colectivo (la identificación de necesidades, la atribución de responsabilidades y la propuesta de soluciones viables y pertinentes en su contexto) (López y Limón, 2017)

Es importante notar el modo como el factor religioso constituye un componente importante en la narrativa de las “ollas comunes”. Lo religioso no solo tiene presencia institucional de la Iglesia católica, a través de las parroquias locales, sino a través de los valores que imprime el catolicismo cultural en relación a la solidaridad y compasión con el prójimo. Esto se puede notar en el título que llevan las propias “ollas comunes”, como con: “Los



Huertos de Santa Rosa”, “Bendiciones de Jesús”, “Jehová es mi fortaleza”, “Mi Dios es fiel”, “Dios es Amor”, “Dios es nuestro proveedor”, etc. Asimismo, se han incorporado rituales aprendidos en las comunidades parroquiales, como los rezos para agradecer a Dios por los alimentos.

La reactivación de prácticas cotidianas de solidaridad en la comunidad.

Las “ollas comunes” se han convertido en espacios que posibilitaron la reactivación de prácticas de solidaridad pre-existentes en los sectores más afectados por la pandemia. Si bien, estas iniciativas nacieron inicialmente para responder a la crisis económica que generó el confinamiento pandémico, luego se constituyeron en espacios de generación de otras formas y acciones de solidaridad, como la atención de las personas de tercera edad, apoyo a personas con discapacidad, el acompañamiento a los estudiantes escolares en sus tareas educativas y gestionando el acceso al internet. En ese sentido, la “olla común”, en tanto espacio de (re)construcción de comunidad y establecimiento de puentes de solidaridad, visibiliza el rostro de aquellos vecinos que viven en situación de vulnerabilidad y genera nuevas formas de solidaridad con ellos. Por otro lado, la “olla común” reactiva las prácticas cotidianas de cooperación y solidaridad que fueron los cimientos para la construcción de las comunidades en las que se encuentran ubicadas estas iniciativas.

La representación mediática

Un aspecto importante del proceso de las “ollas comunes” en Lima tiene que ver con el modo como se construyó una determinada narrativa y representación en los medios. En ese sentido, encontramos tres tendencias respecto al modo como los actores de las “ollas comunes” son representados:

- **Mesianismo mediático**

En medio de la crisis, la televisión les otorga visibilidad y voz a los actores sociales. El enfoque sin embargo es paternalista y filantrópico. Los conductores de televisión se convierten en agentes de salvación, llegando a presentarse rasgos mesiánicos. Se representa una población desprovista de capacidades para resolver la crisis y en el lado opuesto a “salvadores” que llegan a la comunidad a resolver la necesidad de alimentación. Convierte a las familias usuarias en “actores dramáticos” y hace menos visible su rol de actor social,



provisto de resiliencia y capital social. En este medio, por lo general, se obvian las causas estructurales del problema y el discurso de los derechos está ausente.

- **El discurso de la magia de los pobres para sobrevivir la crisis**

Las notas periodísticas televisivas revaloran de manera espectacular el hecho de que los pobladores, y especialmente las mujeres, que se mueven alrededor de las “ollas comunes” se convierten en agentes extraordinarios porque se les percibe con una capacidad casi sobre humana para resolver el problema de la alimentación en medio de la emergencia. Al revalorar este rostro de la crisis, los medios obvian en su discurso las causas estructurales de la crisis. Las notas se enfocan en el relato del milagro de “la multiplicación de los panes” y la acción solidaria emergida desde la propia comunidad, incidiendo en menor medida en las responsabilidades de los agentes del Estado y los operadores políticos.

- **La construcción de las actorías ciudadanas desde el margen**

Los medios de comunicación impresos y electrónicos presentan un escenario distinto. En este los actores comunitarios asumen un papel crítico y se hacen visibles como sujetos de derecho. Las dirigentas de las “ollas comunes” son protagonistas de notas y reportajes que enfatizan en la crisis alimentaria, las responsabilidades del Estado y la respuesta comunitaria; dan cuenta además de las capacidades de la comunidad para enfrentar la crisis, desde el capital social y la resiliencia. Por otro lado, no solo se muestra a las dirigentas como competentes para resolver la crisis sino como gestoras de espacios de comunicación propios como el Twitter, las hace eficaces comunicacionalmente al poner en la agenda pública sus propias percepciones y juicios sobre el problema (Raffo, 2021). Se construye un proceso de vocería que es posible por que poseen una cultura comunitaria (Ostrom & Ahn, 2003), que les otorga representatividad, un “nosotros” fortalecido en el confinamiento (Márquez, 2009) y la lucha por el reconocimiento (Capdevielle, 2014). En ese sentido, el espacio de la “olla común”, se convierte en lugar de interacción e intercambio cotidiano, “transforma los objetos intercambiados en signos de reconocimiento y, a través del reconocimiento mutuo de los agentes y el reconocimiento de pertenencia al grupo, delimita el espacio más allá del cual el intercambio no puede tener lugar” (Gutiérrez, como se citó en Capdevielle, 2014, p. 9).



V. CONCLUSIONES

Los agentes, especialmente mujeres, que promovieron y gestionaron las “ollas comunes” en el contexto de la pandemia se han constituido en actores emergentes con competencias construidas y beneficios obtenidos a partir del fortalecimiento de sus capacidades en medio de la crisis, construyendo un capital social relevante en cada contexto. A esto se suma las diversas modalidades de resiliencia comunitaria que evidenciaron, que les permitió aliviar el impacto de la crisis alimentaria generada por la pandemia de la COVID 19.

La experiencia comunitaria construida alrededor de las ‘ollas comunes’ nos ha permitido reconocer el papel que juegan los medios de comunicación colocando en la agenda pública los diversos discursos y prácticas que genera una crisis de esta naturaleza. En ese sentido, se pudimos apreciar dos tendencias. Una de ellas marcada por un acercamiento paternalista al problema (generalmente la televisión) y la otra, afirmada en el enfoque de derechos (los medios electrónicos). Asimismo, estas representaciones mediáticas nos han permitido apreciar no solo las carencias e insatisfacción de las necesidades que suelen existir en los contextos de exclusión, sino también los esfuerzos de los actores de estas comunidades en crisis por desarrollar y desplegar sus competencias comunitarias para enfrentarlas y poner en juego aquellos valores construidos en sus procesos de constitución como comunidad. En ese sentido, los relatos que recogimos y propia narrativa mediática nos permitieron observar la reactivación aquellas prácticas de solidaridad y cooperación comunitaria que siguen sostienen la vida de estas comunidades resilientes, construidas en contextos en donde el Estado está siempre ausente. En medio de la carencia y la exclusión, las usuarias de las ollas comunes han construido un liderazgo emergente que ha contribuido no solo a la sostenibilidad de la organización construida alrededor de las ollas comunes, sino también en la construcción de vínculos con otros actores de la sociedad civil, a fin de mirar y pensar la crisis como una oportunidad para su desarrollo. Alrededor de estos esfuerzos se ha construido un capital social importante que ha consolidado su capacidad de resiliencia. Capital social y resiliencia se han constituido en dos factores que han aparecido de manera recurrente en los relatos de los sujetos del estudio en el marco de la de la construcción de la cultura del “nosotros” como pilar de su capacidad resolutive y emprendedora, a pesar de las carencias.



REFERENCIA BIBLIOGRÁFICAS

- Agencia AFP. (2021, 4 de febrero). “*La gente no tiene qué comer*”: ollas comunes florecen en la cuarentena en Perú. Gestión. <https://gestion.pe/peru/la-gente-no-tiene-que-comer-ollas-comunes-florecen-en-la-cuarentena-en-peru-noticia/>
- Agencia Efe. (2021, 21 de junio). *Unas 240.000 personas sobreviven en ollas comunes en Lima*. www.efe.com. <https://www.efe.com/efe/america/sociedad/unas-240-000-personas-sobreviven-en-ollas-comunes-lima/20000013-4567180>
- Alzugaray, C. (2019). *Resiliencia comunitaria ante adversidades colectivas. Restaurando el bienestar psicosocial*. Universidad del País Vasco. https://addi.ehu.es/bitstream/handle/10810/35285/TESIS_ALZUGARAY_PONCE_CAROLINA.pdf?sequence=1
- Bebbington, A., Scurrah, M., & Bielich, C. (2008). *Mapeo de Movimientos Sociales den el Perú Actual*. https://hummedia.manchester.ac.uk/schools/seed/socialmovements/publications/reports/Bebbingtonetal_InformeMapeodeMovimientosSocialesPeru.pdf
- Blondet, C. & Trivelli, C. (2004). *Cucharas en alto. Del asistencialismo al desarrollo local: Fortaleciendo la participación de las mujeres*. <https://iep.org.pe/investigadores/cecilia-blondet/>
- Bourdieu, P. (2001). *Pensamiento y acción*. Argentina. Editorial Zorzal.
- Cabrera, D. (2004). *Imaginario social, comunicación e identidad colectiva*. https://www.researchgate.net/publication/242731193_Imaginario_social_comunicacion_e_identidad_colectiva
- Calonge, S. (2006). La representación mediática: teoría y método. *Psicologia da Educação*, (23), 75-102. <http://pepsic.bvsalud.org/pdf/psie/n23/v23a05.pdf>
- Capdevielle, J. (2014). Capital social: debates y reflexiones en torno a un concepto polémico. *Revista de Sociología e Política*, 22(51), 03-14. <https://www.scielo.br/j/rsocp/a/cjzSsbjkQLG7q5yf63tTr6J/?lang=es>
- Cohen, J., & Arato, A. (2002). *Sociedad Civil y Teoría Política*. Lima: Fondo de Cultura Económica, México, D. F.
- Durston, J. (2000). *¿Qué es el capital social comunitario?* https://www.cepal.org/sites/default/files/publication/files/5969/S0007574_es.pdf
- Durston, J. (2002). *El capital social campesino en la gestión del desarrollo rural*. Santiago de Chile, Chile: CEPAL. https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/2346/1/S2002033_es.pdf
- FAO. (2011). *Una introducción a los conceptos básicos de la seguridad alimentaria*. <http://www.fao.org/3/al936s/al936s00.pdf>



- Fascioli, A. (2009). El concepto de sociedad civil en J. Habermas. *Revista ACTIO*(11).
- Forni, P., Castronuovo, L., & Nardone, M. (2009). Redes, capital social y desarrollo comunitario. Una aproximación teórico-metodológica. *Análisis Organizacional. Análisis Organizacional. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, 1(1) 113-146. <https://www.aacademica.org/pforni/53.pdf>
- Forni, P., Siles, M., & Barreiro, L. (2004). *¿Qué es el Capital Social y cómo Analizarlo en contextos de Exclusión?* <https://jsri.msu.edu/upload/research-reports/tr35.pdf>
- Fundación Friedrich Ebert Stiftung. (2021). *Ollas contra el hambre: Entre la victimización y la resistencia*. <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/peru/17426.pdf>
- Gamson, W. (1992). The social psychology of collective action. In A. D. Morris & C. M. Mueller (Eds.), *Frontiers in social movement theory* (pp. 53–76). Yale University Press.
- Gascón, L. (2016). Sociedad civil, emancipación y crisis. *Estudios Políticos*, (39), 39-58.
- Gran Angular. (2021, 6 de marzo). *Ollas comunes para combatir el hambre en el Perú*. <https://elgranangular.com/blog/reportaje/ollas-comunes-para-combatir-el-hambre-en-el-peru/>
- Habermas, J. (2006). Religious in the Public Sphere. *European Journal of Philosophy*, 14(1).
- Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C., & Baptista Lucio, M. (2014). *Metodología de la Investigación*. México: McGraw-Hill / Interamericana Editores, S.A. de C.V.
- Instituto Nacional de Estadística e Informática. (2021). *Evolución de la Pobreza Monetaria 2009–2020*. https://www.inei.gob.pe/media/MenuRecursivo/publicaciones_digitales/Est/pobreza2020/Pobreza2020.pdf
- Jiménez Chaves, V. E., & Comet Weiter, C. (2016). Los estudios de casos como enfoque metodológico. *ACADEMO Revista de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades*, 3(2). <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5757749>
- La República. (2021, 19 de octubre). *Olla común en emergencia*. <https://larepublica.pe/opinion/2021/10/19/olla-comun-en-emergencia-editorial/>
- López Bracamonte, F., & Limón Aguirre, F. (2017). Componentes del proceso de resiliencia comunitaria: conocimientos culturales, capacidades sociales y estrategias organizativas. *PSIENCIA. Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica*, 9(3), 1-13. <http://www.redalyc.org/pdf/3331/333153776004.pdf>
- Márquez, M. (2009). El estado del arte del capital social comunitario. *Revista Encrucijada* (3).



- Martínez Carazo, P. C. (2006). El método de estudio de caso: estrategia metodológica de la investigación científica. *Pensamiento y gestión*, (20), 165-193.
- Menateux, M. R. (2015). Resiliencia comunitaria y su vinculación al contexto latinoamericano actual. *Cuadernos de Trabajo Social*, (14), 23-45.
- Mesa de Concertación para la Lucha Contra la Pobreza. (2020, 26 de octubre). *Ollas comunes: respuesta comunitaria para sobrellevar la crisis alimentaria generada por la pandemia de la Covid-19*. <https://www.mesadeconcertacion.org.pe/storage/documentos/2020-10-26/alerta-ollas-2610-final.pdf>
- Moreno, L. (2020). *El auxilio de las ollas comunitarias*. Salud con Lupa. <https://saludconlupa.com/noticias/el-auxilio-de-las-ollas-comunitarias-la-lucha-de-cientos-de-mujeres-contr-el-hambre-en->
- Municipalidad de Lima. (2020). *Ollas comunes. #Adopta una Olla*. <http://ollascomunes.gpvlima.com/>
- Ojo Público. (s.f.). *El Estado ni siquiera sabe que existimos*. <https://ojo-publico.com/2289/el-estado-ni-siquiera-sabe-que-existimos>
- Organización de las Naciones Unidas. (2021, 22 de agosto). *Hambre y seguridad alimentaria. Objetivos de Desarrollo Sostenible*. <https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/hunger/>
- Ostrom, E. y Ahn, T. K. (2003). Una perspectiva del capital social desde las ciencias sociales: capital social y acción colectiva. *Revista Mexicana de Sociología*, 65(1), 155-233. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0188-25032003000100005&script=sci_abstract
- Paredes, J. P. (2013). Movilizarse tiene sentido. Análisis cultural en el estudio de movilizaciones sociales. *Psicoperspectivas*, 12(2), 16-27.
- Raffo, F. (2021). *Lideresas y cocineras: La contraposición de roles de género quemantiene vivas las "ollas comunes"*. Antígona.com. <https://laantigona.com/lideresas-y-cocineras-la-contraposicion->
- Salud con Lupa. (2021, 3 de febrero). *Sobrevivir con una comida al día*. <https://saludconlupa.com/noticias/sobrevivir-con-una-comida-al-dia/>
- Tejerina, B. (2005, octubre). Tejerina, B. (2005) Movimientos sociales, espacio público y ciudadanía: Los caminos de la utopía. *Revista Crítica de Ciências Sociais* (72), 67-97.
- Universidad Peruana Cayetano Heredia & Acción Contra el Hambre. (2020). *Encuesta de seguridad alimentaria y medios de vida en la pandemia en Lima Metropolitana*. <https://accioncontraelhambre.pe/wp-content/uploads/2021/02/Seguridad-Alimentaria-y-medios-de-vida-durante-la-Covid19-Lima.pdf>



- Uriarte, J. d. (2013). (2013). La perspectiva comunitaria de la resiliencia. (U. d. Vasco, Ed.) *Psicología Política*, (47), 7-18.
<https://www.uv.es/garzon/psicologia%20politica/N47-1.pdf>
- Vigo, J. (2020, 11 de noviembre). *Aldo Miyashiro sigue llevando ayuda a los más necesitados con iniciativa social*. Diario "El Popular".
<https://elpopular.pe/espectaculos/2020/11/11/aldo-miyashiro-sigue-llevando-ayuda-necesitados-iniciativa-social-37256>
- Wayka. (2021, 22 de octubre). *Ollas comunes denuncian que Congreso dilata debate para declarar la Emergencia Alimentaria*. Wayka.pe. <https://wayka.pe/ollas-comunes-denuncian-que-congreso-dilata-debate-para-declarar-la-emergencia-alimentaria/>
- World Food Programme. (2021). *Story Map Series. COVID-19 Impact on markets access, food security and livelihoods in Latin American Countries*.
<https://unwfp.maps.arcgis.com/apps/MapSeries/index.html?appid=9c7d5aff4fd941388d8ae3b43ff15d3f>

